

vado en mi asiento espero que S. E. grite: cochero.... San Pedro me cierre las puertas del cielo si alguna vez me he quejado de mi trabajo. Mi comida está segura; tengo una buena capa para abrigarme, y una piel para dormir en el invierno: jamas me falta aguardiente; y yo creo que vale mas ser un esclavo bien mantenido, que no un hombre libre, pero muerto de hambre.

«¿Y los golpes á que estamos espuestos, los cuentas por nada? El General es un amo mui bueno, con vengo en ello; su cólera pasa con la misma rapidez que las primeras nieves del mes de octubre; pero en estas grandes casas ¿no hai veinte amos en vez de uno? La Señó-

rita, el Ayuda de campo, los parientes, el repostero, el mayordomo: á todos estos hai que obedecer.

«¡Cómo! señor Iwan: ¿os acordais aun del último golpe que os dió generosamente el Ayuda de campo? Qué quieres, hijo mio, solo pudo darte lo que tenia. Además, no estamos muertos; bebamos otra botella y se acabará tu rencor.

«Pardiez, Pedro, en otro tiempo no usabas ese language. ¿Cómo es que ahora lo encuentras todo tan á pedir de boca? Esplicame cómo has llegado á ser el favorito de tus amos. Se respetan tus huesos como si fueran menosduros que los nuestros. — Es cier-

to que los respetan : desgraciado de aquel...; quiero decir , del que intentase maltratarme.»

A estas palabras del cochero no pudo menos Iwan de hacer un movimiento de sorpresa ; pero reprimiéndolo en el momento , y deseando una larga esplicacion , replicó con viveza : «¿ Y por qué estás libre del castigo ? ¿ no eres tan criado como nosotros ? — Sí. — ¿ Tan malo como nosotros ? — Sin duda. — ¿ Note emborrachas mas á menudo que nosotros ? — Convengo en ello. — ¿ Y nada temes ? — Nada , nada temo , ni de la Rusia entera. — ¡ Ah ! no eres tú el que profiere esas espresiones , es el aguardiente que has bebido. — Es tan cierto , como que pagaré estas

cuatro botellas y las que vamos á beber aun. Daniel , tráenos otra botella ; pero sin derramar una gota de tan precioso licor.

El tabernero encendió su linterna , y fue á la pieza inmediata en donde tenia sus provisiones ; mientras tanto Pedro enseñaba su renta de veinte y cinco rublos , y observaba con placer en el semblante de sus camaradas la envidia que les inspiraba su corta fortuna. Despues de un instante de silencio , Iwan prosiguió su discurso : «¿ Sabes , amigo , que vas á pasar por hechicero en todo el pais ? Se dirá que el diablo te ha dado ese caudal , y esto es un peligro para ti : acuérdate de la terrible aventura del molinero de Alatip.

«¿Y qué importa que el dinero me lo haya traído un diablo ó un ángel? exclamó el cochero: lo cierto es, que con solo decir una palabra, tengo todo el dinero que quiera. Mañana puedo enseñarte doscientos rublos: ¿lo entiendes? doscientos rublos.»

Se preparaba Iwan á contestar, cuando el tabernero les puso sobre la mesa la botella. «Muy bien, dijo Pedro con un aire de triunfo; ayúdanos, Daniel, á dar cuenta de este aguardiente.»

Las cabezas se calentaron pronto. Iwan, mas dueño de sí mismo que sus camaradas, vió con gusto exaltarse el amor propio del cochero. Querido Pedro (le dijo con el acento que usan general-

mente los hombres sin educacion cuando estan medio borrachos), hálbanos de tus riquezas, y enseñanos los doscientos rublos.

No, respondió el cochero con una voz tremenda; te digo que no. En todo he dicho la verdad. Mañana podré tener á mi disposicion esta suma que tanto te alegra; pero en realidad es una bagatela. ¿Quieres alguna otra cosa? De mí depende que nuestra jóven Ama venga al momento adonde estamos.... Sí, por el arcángel san Miguel vendrá aquí á vernos beber por su salud. — En cuanto á eso, yo te aseguro que no vendrá; y todos aseguramos lo mismo. Me parece que nunca ha sucedido que la hija de un General ruso haya ido á la taber-

na, solo por complacer á un cochero. — Mi autoridad conseguirá esta gloria, y me obligo á hacerla temblar si no se presentare á nuestro convite. Aunque falte todo esto nada importa, apostaremos alguna cosa. — ¿Cuánto quieres por este milagro? — Diez rublos. — Hélos aqui. — Bien pronto conocerás el poder de Pedro; pero es necesario que mientras vuelvo, esten quietos los vasos: lo entiendes, Daniel; jamas pago lo que se ha bebido sin mí.

El tabernero inclinó respetuosamente la cabeza en señal de obediencia, y el cochero se alejó rápidamente, dejando á nuestros cuatro bebedores admirados de su audacia, y riéndose de la apuesta de los diez rublos.

La viveza de esta escena con el peluquero habia templado un poco la borrachera de Pedro: llegó á la casa de su Amo con paso firme, y subió á la habitacion de Varinka, en donde encontró sola á su hermana.

Annouschka, la dijo: acabo de hacer una apuesta, y tú debes ayudarme á ganarla. — ¿Qué has apostado? — Que la Señorita vendrá conmigo al momento á la taberna colorada, y allí nos verá beber á su salud; no hai mas que gente de casa, y solo cinco personas, contándome yo mismo. — ¿Qué dices? ¿tu Ama? la hija de S. E. ¿ir á la taberna? ¿estás loco? — No, no estoi loco. — Entonces estás borracho, y sale la misma cuenta:

vete á dormir. — Annouschka, he apostado; dudaron de mí, y esto ha de ser sin tardanza. Avisa á tu Ama. — No: te he dicho que no la diré una palabra.

Al oirla el cochero, su semblante tomó un aire amenazador que hizo temblar á su hermana. «¡Te atreves á decirme que no dirás una palabra! pues yo quiero que venga, gritó pateando con violencia; y si tú no hablas, hablaré yo.... ¿Has olvidado ya la noche que?... ¿no fue aquí donde yo le cargué sobre mis espaldas?... ¿no puedo acusaros al instante de esta muerte?... — Silencio, hermano mio, por Dios. — Bien, avisa al momento á tu Ama; y si dentro de un cuarto de hora no estais las

dos en la taberna, lo descubro todo. Diciendo estas terribles palabras, salió Pedro de la habitacion, sin atender á las súplicas de su hermana.

El General tuvo aquel dia convidados. Su hija, retirada en su aposento, se ocupaba en leer cuando llegó el cochero; la puerta estaba entreabierta, y pudo oír toda la conversacion.

«¡Dios todopoderoso! ¿qué haremos? exclamó Annouschka.» Pero Varinka estaba ya resuelta. Ninguna mutacion se notaba en su semblante, y respondió con tranquilidad á las preguntas de su doncella. — Iremos á la taberna colorada. — ¿Y pensais en eso, Señorita? — Sí, te digo que iremos.

Tu hermano ha adquirido derecho para mandarme; es necesario obedecer; de todo es capaz ese miserable. — ¡Ah! convengo en que.... — El infame en su borrachera habrá contado á sus camaradas la muerte de Fedor: mañana se hará todo público, y mi padre.... No contento con su indiscrecion me ordena la prueba mas humillante: que sea....; pero le aseguro que será la última. — Señorita, ¿qué quereis decir? ¿qué puede ser?.... — Calla, aun no es tiempo de explicarme: busca una botella de aguardiente: vuelve pronto; tu hermano está de prisa y no podemos perder un momento.

Annouschka volvió con la botella que se le habia pedido. To-

mó Varinka una redoma de láudano, la vertió en una taza, echa tambien aguardiente, y cuando estuvieron bien mezclados los dos licores, volvió á llenar la botella. Entonces, envolviéndose las dos en sus capas de pieles, salieron por una puerta falsa: la noche era oscura, y soplabá un viento bastante fuerte: las dos jóvenes agarradas del brazo se encaminaron á la taberna colorada. Luego que llegaron á ella, dijo Varinka en voz alta: «Annouschka, mira si hai aquí alguien de casa. El cochero reconoció al momento la voz de su Ama; y dirigiéndose á ella, la suplicó que entrase en la taberna. De mui buena gana, respondió. Todos se levantaron á su

vista, y quedaron confundidos.

«Amigos míos, les dijo, aquí traigo una botella para que bebais á mi salud; es de aguardiente de Francia, no le hai mejor en la bodega del General.

«Hermosa Señorita, le dijo el tabernero, ya medio borracho, bendito sea el dia que tengo el honor de recibiros en mi casa; es la primera vez que recibo en ella tan ilustre personage; vuestra presencia la hace mucho honor.»

«Buenas gentes, dijo Varinka, sentaos; y tú, Daniel, saca cinco vasos. Os digo que jamas se ha bebido en esta casa tan buen aguardiente.»

El tabernero, oyéndose llamar por su nombre, lo que le pareció

un favor mui considerable, puso los cinco vasos sobre la mesa. Varinka se levantó entonces pronunciando estas palabras: «Para probaros que me complazco en vuestra alegría, yo misma quiero echaros de beber.» Entonces distribuyó el licor en cinco partes, y apoderándose ellos de los vasos, echaban mil bendiciones á su Señorita.

«Annouschka, dijo entonces la jóven rusa, el viento es ya mas fuerte; dejemos pasar esta ventisca y nos iremos todos juntos. — Tiene V. E. razon, dijo el cochero con lengua balbuciente; nos iremos cuando....» Su lengua trabada no pudo proseguir, y su cabeza quedó inclinada sobre el pecho. A poco rato el tabernero y los o-

tros criados se durmieron profundamente. Un grande silencio reinaba en toda la casa. Se pasó un cuarto de hora, y entonces Varinka gritó con voz fuerte: «Vamos, amigos míos, marchemos....» Pero el opio habia producido su efecto, y nadie respondió. Hé aquí el momento, dijo echando una mirada siniestra sobre su doncella.

En el instante reunió mucha paja, y con la luz puso fuego á los cuatro ángulos de la casa. — ¿Qué haceis, Señorita? — Aseguro nuestro secreto, y le envuelvo entre cenizas. — ¿Y mi pobre hermano? — Es un miserable que podia hacerme traicion. ¿No has visto la risa insultante del peluquero? Todo lo sabia. No llores, Annouscka;

eramos perdidas para siempre si estos miserables.... La casa se quemaba, salgamos. A estas palabras la saca con violencia; cierra fuertemente la puerta, y oculta la llave en la nieve de los campos vecinos.

El incendio hacia rápidos progresos. Luego que empezaron á salir las llamas, el viento las aumentaba extraordinariamente. Ocultas á la sombra de unos árboles, quiso Varinka observar si el fuego perdonaba á alguna de sus víctimas; pero Annouschka, arrodillada sobre el hielo, lanzaba profundos suspiros. «¡Oh! hermano mio, mi pobre hermano, yo sola te doi la muerte: solo por salvarnos ocultaste el cuerpo del Oficial, con pe-

ligro de tu vida; y hé aquí la recompensa. ¡Ah! estoi segura de que Dios nos prepara un terrible castigo. Todos los santos del cielo apenas podrán obtener nuestro perdon.

Su Ama, poco conmovida con su desesperacion, veia tranquilamente consumarse su crimen: esta alma, sostenida por el orgullo, se habia desposeido de todo sentimiento de humanidad. La taberna estaba aislada. A media noche nadie atravesaba el camino: una horrible tormenta protegió el delito y la retirada de Varinka, y pudo, sin que nadie lo sospechase, volverse á su casa, en donde no habian advertido su ausencia.

Varinka entró en el salon con

un aire satisfecho; se informó con interes de la partida de juego que se concluia entonces, y permaneci6 junto á su padre una gran parte de la noche, sin manifestar inquietud ni distraccion.

Al dia siguiente se dió al General el parte del incendio: el pueblo solo hablaba del incendio de una taberna. La policia mandó quitar los escombros, y encontraron cinco cadáveres medio consumidos y mui desfigurados. Como habian desaparecido cuatro criados de la casa del General, y era su costumbre reunirse con el tabernero para beber, nadie dudó que ellos eran los que habian perecido entre las llamas.

Mientras la comida solo se ha-

bló del fatal suceso. «Para mí es una pérdida mui sensible, dijo el General. ¡Desgraciados! qué suerte.... Yo siento sobre todos á Pedro; era el mejor de mis cocheros, aunque aficionado al aguardiente. Estas pobres gentes habian nacido en mis posesiones.... Todos eran casados: hé aquí unas mugeres desgraciadas y unos hijos privados de sus padres. El dueño de la taberna era un escelente hombre: me parece que le estoi viendo, siempre alegre y cantando; por esto le daban la preferencia mis criados, y querian mejor andar un poco mas para disfrutar de su buen humor. — Lo que no puedo comprender, dijo uno de los convidados, es cómo de cinco

individuos ninguno haya podido escaparse de las llamas. Conocia la casa; no era mui grande, y la mesa estaba cerca de la entrada. — Yo creo, dijo con frialdad Varinka, que todos estaban profundamente dormidos; el humo pudo atufarlos, y estas casas se quemán con mucha rapidez. — Mi hija tiene razon, dijo el General, y solo me admira que sean tan raros estos sucesos.

Un plan tan pérfido y tan bien combinado no pudo causar ninguna sospecha. No era de creer que una jóven sacrificase cinco personas solo por encubrir una falta. La primera podia escusarse de algun modo. Una reunion de circunstancias desgraciadas la con-

dujeron á una catástrofe horrorosa ; pero ahora es el mas bárbaro egoismo el que la conduce al crimen. Seis inocentes fueron víctimas de su detestable orgullo ; pues que la muerte de Fedor solo puede considerarse como un preludio de la tragedia. La fidelidad de la doncella era á toda prueba. An-nouschka adoraba á su Ama ; y aunque afligida por la muerte de su hermano , nada habia que temer de parte de su indiscrecion. Varinka se vió respetada y honrada : su belleza , su rango y sus riquezas la proporcionaron innumerables pretendientes ; y el que obtuviese su mano podia considerarse el mas feliz de los mortales. Entre tanto el invierno se adelanta-

ba , y la austeridad de la cuaresma siguió á los juegos del carnaval. Los sentimientos religiosos empezaron á renacer en Varinka ; empezó á sentir los remordimientos que despedazaban su corazon ; pero mas supersticiosa que penetrada de las verdades sublimes de la religion , creyó que cumpliendo rigurosamente con las ceremonias de su culto , su conciencia quedaria tranquila.

El recuerdo de su crimen la hizo rehusar el confesor de su familia , y buscó un pretesto para que su padre la permitiese tomar otro. El aspecto venerable y lleno de bondad de su nuevo confesor la prometia mas dulzura é indulgencia , y los crímenes que tiene

que confesar la costarian menos vergüenza.

El tribunal de la penitencia se abre para Varinka. Cuandorevelóla funesta muerte de Fedor, el confesor manifestaba un semblante sereno, sus facciones nada perdieron de su natural gravedad; pero cuando confesó el incendio de la taberna y la muerte de cinco hombres quemados por sus manos, lanzó un grito de horror el ministro de Dios, y sus ojos se fijaron con frialdad en la jóven, que esperaba humildemente su sentencia. El confesor quedó atónito bajo el peso de los delitos que acababa de escuchar.

«Nada decís, exclamó al fin la culpable Varinka: ¿la religion os

prohibe socorrer á un pecador? — La religion me lo manda; pero vuestra confesion me ha horrorizado. Envejecido en las funciones del sacerdocio, no me son desconocidas las pasiones de los hombres: la confesion de sus iniquidades ha herido frecuentemente mi corazon; pero.... ¡es cierto! á vuestra edad... una persona de vuestro rango.... de vuestro sexo.... vos, que todo el mundo os cita por modelo....» Despues de un momento de silencio pronunció el confesor estas palabras con un tono enfático: «Dios todopoderoso, perdonadla. —¿Y vos, padre mio, no me perdonareis? — Nunca se debe desesperar de la misericordia divina: el tiempo y un sincero arrepen-